

negras garras? Vamos, valor, pobre anciana, te lo repito; tú no te separarás de ella; y uno de estos genios del bien se encargará de ti lo mismo que han adoptado á la niña. ¿Cuál desea encargarse de la Brocante? añadió mirando á las cuatro mujeres.

— Yo, dijeron todas á la vez.

— ¿Ves? añadió Salvador.

La anciana bajó la cabeza.

— Esto prueba, añadió filosóficamente el joven mirando á la vez á la hechicera y á las cuatro señoras, que en lo sucesivo no habrá huérfanos, porque la sociedad será su madre.

— Así sea, exclamó no menos filosóficamente Babolin haciendo con ironía la señal de la cruz. . . . .

Un año después de esta escena, Rosa de Noel, poseedora de dos millones que la dejó á su pesar Mr. Gerard, se casaba con nuestro amigo Ludovico, que se había hecho uno de los más ilustres médicos y una de nuestras mayores notabilidades científicas.

Y como para justificar el proverbio que dice: *todo es bueno cuando concluye bien*, Rosa de Noel recobró la salud por el amor, lo que prueba que Moliere, conforme dice Juan Robert, es además el más ilustre doctor que se conoce, puesto que ha creado el *amor medicinal*.

## CAPÍTULO XIV.

## HONOR AL VALOR DESGRACIADO.

Mr. de Marande hizo saber á Canta-Lilas la muerte de la señora de Camilo de Rozán y la prisión del joven americano.

La princesa de Vanves vertió una lágrima al recordar á su antiguo amante y pasó en seguida á ocuparse de otro objeto en la conversación que tenía.

Esto es muy propio de nuestras desgraciadas grisetas de París, dar hasta su camisa al primer amante, y una lágrima apenas para los que siguen después.

— ¡Así debía concluir! dijo aquella dama, cuando Mr. de Marande la anunció que por lo menos sería condenado Camilo, por mucha protección que tuviese, á muchos años de galeras.

— ¿Y por qué? querida amiga, preguntó Mr. de Marande; ¿creéis que todos los que tienen el honor de amarnos concluyen tan tristemente? Es un desenlace demasiado cruel.

— No hacen más que cambiar de cadenas, respondió filosóficamente la griseta, y además, añadió mirando con cierta sonrisa al nuevo ministro de Hacienda, no digo tampoco que todos concluyan de esa manera. Por ejemplo, tú, amor de mis ojos, tú no habrás pecado lo suficiente en la tierra para que se te niegue un lugar en el paraíso. Á propósito de lugar y de paraíso, ¿cuándo debuta positivamente la señora Carmelita?

- Pasado mañana, respondió Mr. de Marande.
- ¿Has pedido el palco descubierto que te encargué?
- Naturalmente, contestó con galantería el banquero.
- Quiero que me lo pruebes, dijo con aire halagüeño rodeando al cuello de Mr. de Marande sus dos brazos.
- Aquí le tienes, contestó sacando el billete del bolsillo. Canta-Lilas se lanzó sobre el billete y le miró lleno de alegría.
- De este modo, exclamó, ¿estaré enfrente de las princesas?
- ¿No eres tú misma princesa?
- Eso es, burlaos de mí, dijo con un tono especial la princesa de Vanves; he consultado á la Brocante hace tres meses, y me ha jurado que era hija de un príncipe y de una princesa.
- Eso no es bastante, querida mía, te ha ocultado la verdad; no eres solamente princesa, eres reina. Los niños abandonados son los reyes de la tierra.
- ¡Y los hombres perdidos son los ministros! contestó maliciosamente Canta-Lilas, mirando al banquero. En fin, yo veré de cerca á las princesas, porque lo que es anteayer estaba muy mal colocada en la Porte-Saint-Martin, en la primera representación de la pieza de Juan Robert, de cuyo título no me acuerdo.
- ¡*Les gúelfes y les gibelins!* dijo sonriendo Mr. de Marande
- Eso es, los *¡quepes y los giffelins!* exclamó la princesa de Vanves; desde ahora no se me olvidará: ¿y dónde estabas cuando se concluyó la función, amor mío?
- Había bajado al palco de Mad. de Marande para cumplimentarla por el buen éxito de nuestro amigo Juan Robert.

- O para hacerme una infidelidad, villano corredor, interrumpió Canta-Lilas. Á propósito de corredor, es cierto que vos andáis detrás de todas las mujeres?
- ¡Así se dice! contestó con bastante fatuidad Mr. de Marande; pero si me es permitido correr tras de todas las mujeres, sin embargo no me detengo más que al lado de una sola.
- ¿De una gran señora?
- La más elevada de todos mis conocimientos.
- ¿Una princesa?
- De sangre.
- ¿Y la conozco yo?
- Naturalmente, puesto que eres tú, princesa.
- ¡Y vos decís que estáis á mis pies!
- Miralo, contestó Mr. de Marande, arrodillándose delante de Canta-Lilas.
- Así me gusta, dijo ella moviendo la cabeza; continuad así en penitencia, porque lo merecéis bien.
- Es una recompensa. ¿No habéis dicho hace poco que yo iría al paraíso por mis virtudes?
- Es que me he expresado mal, interrumpió la griseta. Hay virtudes de virtudes, como hay también pecados de pecados. Ó mejor dicho, hay virtudes que son pecados así como hay pecados que son virtudes.
- Un ejemplo, princesa.
- Es un pecado amar á medias á una mujer y es una virtud amarla completamente.
- No te consideraba tan casuista, amor mío.
- He conocido durante algún tiempo, dijo bajando la cabeza y avergonzándose la princesa de Vanves, á los jesuitas de Montrouge, quienes me han instruido sobre...
- Sobre la materia, interrumpió el banquero.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
núm. 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

— Si, murmuró Canta-Lilas á media voz; si, volvió á repetir lanzando un suspiro.

— No podías dirigirte á personas más instruidas. ¿Y qué es lo que has aprendido además de lo que la naturaleza te había enseñado?

— Mil cosas que no recuerdo, respondió la griseta sonrojándose por más que no se pudiese encarnada con facilidad.

— Diab!o, exclamó el ministro levantándose; os de!o, princesa, no sea que os acordéis de lo que tan honestamente habéis olvidado.

— ¡ Hé aquí una retirada jesuítica! dijo Canta-Lilas mord!éndose los labios, y que no os absuelve de vuestras faltas, añadió mirando fijamente á Mr. de Marande.

— Fijad vos misma el precio de la absolución.

— Empezad por poner os de rodillas.

— Ya estoy, princesa.

— Pedidme perdón de haberme ofendido.

— Os pido humildemente perdón de mis ofensas; ahora á vos os toca indicar cuáles son.

— ¿ Lo ignoráis?

— Sin duda alguna, puesto que os lo pregunto.

— Sois un hombre más pervertido de lo que me figuraba,

— ¡ Convertidme, princesa!

— ¿ Y cómo? preguntó Canta-Lilas.

— Dadme la fe, querida mía.

— Temo que ni aun la fe pueda salvar os.

— ¡ Probadlo! dijo Mr. de Marande un poco embarazado del giro que tomaba la conversación.

— Mirame, añadió Canta-Lilas fijando en el banquero sus grandes ojos agitados por la voluptuosidad.

Mr. de Marande bajó su vista al fuego de aquella mirada.

— Y bien, dijo la griseta, ¿ qué os sucede? seríais por ventura algún caballero de Malta, que tuviese hecho voto de castidad?

Mr. de Marande se sonrojó, pero no de muy buen grado.

— ¡ Niña! contestó tomando las manos de la princesa de Vanves y apretándolas; ¡ niña! no quiero hacer os desgraciada.

— Decid que no me amáis.

— Jamás sostendré eso, contestó el banquero.

— Entonces, sostendréis que me queréis.

— Más fácil es que lo sostenga.

— Pues probádmelo.

— Mr. de Marande hizo un movimiento que significaba claramente: « Eso es peor que nada. »

— ¿ Y qué es lo que esperáis en el mundo? la preguntó al mismo tiempo, sea porque quisiera cambiar de objeto la conversación, sea porque quiese escapar al peligro que le amenazaba, peligro que las lánguidas miradas de la princesa presentaban de cada vez más grande.

— No espero nada más que á vos, contestó Canta-Lilas. Aquel día estaba encantadora la princesa de Vanves.

El sonrosado color de sus mejillas formaba juego con las rosas blancas que adornaban sus cabellos; sus labios eran de fuego, sus ojos indicaban su sentimiento, su cuello blanco y algo largo ondulaba graciosamente como el cuello de un cisne, y su pecho, honestamente cubierto, se alzaba y bajaba precipitadamente formando ondas desiguales.

Bastante impresionada para hacer nacer un deseo; bastante descubierta la garganta para conseguir fijar la vista

en ella al verla cubierta por una gasa azul que caía después hasta los pies, causaba esa impresión indefinible que produce la vista de la gruta atmosférica de las regiones etéreas, en la cual el hombre se lanza sin saber si volverá jamás.

Mr. de Marande estaba muy lejos de conocer las bellezas de aquel espectáculo, y aun estaba mucho más distante de disfrutarlas. Lo importante para él no estaba tanto en salir ó no salir de aquella gruta azulada, como el evitar el enredarse en ella; sin embargo, determinó no descubrir sus temores, y presentarse apasionado.

La princesa de Vanves, por mujer de mundo que fuese, se censuraba á sí misma, y se acusaba interiormente de la frialdad de Mr. de Marande juzgándola con un desprecio que debía hacer sin duda de su persona.

Intentó, por lo tanto, el secundar sus esfuerzos acusándose de ligereza, y confesando las faltas de su vida, prometiendo enmendarse y vivir en lo sucesivo con tanta dignidad como debía hacerlo para merecer la estimación de un hombre honrado.

Tentativa excusada, estériles esfuerzos.

Mr. de Marande en su estado de pasión, la estrechó entre sus brazos exclamando:

— ¡Qué bella estás, querida mía!

— Embustero, contestó modestamente Canta-Lilas.

— Conozco pocas criaturas tan lindas como tú.

— ¿No me despreciáis?

— ¡Yo despreciarte, princesa! dijo el banquero besándola los brazos desde la muñeca hasta la espalda.

— ¿Me queréis algo?

— ¡Sí, te amo! hermosa mía, ¡te amo demasiado!

En seguida cogió la garganta de la joven entre sus ma-

nos y la miró cariñosamente, al menos tan cariñosamente como le fué posible.

— ¡Por la primavera, cuyos colores llevas! ¡por la flor, cuyo nombre es el tuyo! que te amo enormemente, princesa. Te encuentro una de las más encantadoras criaturas que he visto en mi vida. Pareces, sin mentir, á una de esas bonitas niñas que adornan el festín de las bodas del cuadro de Pablo el Veronés. ¿Pero á qué me cuido en buscar á qué te pareces? no te pareces á ninguna otra, porque te pareces á ti sola, y hé aquí por qué tengo tanto cariño por ti; con un poco de buena voluntad tú le verás asomar á mis ojos.

— ¡En vuestros ojos!... ¡sí!... contestó sonriendo melancólicamente Canta-Lilas.

Sin embargo, Mr. de Marande se había levantado y puesto á la altura de los labios de la princesa de Vanves: bajo la forma de consuelo, la abrazaba más tiernamente que de costumbre.

Ésta, dejando caer su cabeza hacia atrás, murmuró en voz baja, ó más bien suspiró con voz apagada estas tres palabras tan significativas en una boca enamorada:

— ¡Oh! ¡amigo mio! ¡amigo mio!

Pero el amigo, que en aquella ocasión no era ciertamente digno de aquel título, fuera que temiese por razones conocidas para él de pasar demasiado adelante, sea porque estuviera cierto de que no debía continuar en aquella escena, el amigo, repetimos, iba á tocar retirada, cuando el compañero de las gentes de talento, que se llama la casualidad, le envió un recurso, bajo la forma de una campanilla que se oyó hasta el gabinete de la griseta.

— Han llamado, princesa, dijo Mr. de Marande, cuya fisonomía se cubrió de alegría.

— Creo en efecto que han llamado, respondió Canta-Lilas ligeramente turbada.

— ¿ Vos esperabais á alguno? preguntó el banquero, que se esforzó en presentarse como contrariado en sus deseos.

— Os juro que no, respondió la griseta, y si queréis tomaros el trabajo de despedir á la persona que ha llamado, me prestaréis un verdadero servicio. He dicho á mi doncella que no estaba, y no puedo comprender quién sea.

— Es muy justo, princesa, dijo sonriendo Mr. de Marandé, que yo sea quien despida á ese importuno.

Se dirigió hacia la puerta de salida, bendiciendo al ser, quien quiera que fuese, que le había sacado de tan mal paso.

Después de un momento volvió:

— Adivinad quién es, princesa, dijo.

— ¿ La condesa de Battoir, sin duda?

— No, princesa.

— ¿ Mi nodriza, quizá?

— Menos.

— ¿ Mi costurera?

— No, ¡ un joven!

— ¿ Un acreedor?

— ¡ Los acreedores todos son viejos, princesa! Un joven no puede ser nunca más que deudor de una linda muchacha.

— ¡ Será tal vez mi primo Alfonso! dijo enrojeciéndose Canta-Lilas.

— No, princesa; es un joven buen mozo, que viene, según dice, de parte de Mr. Juan Robert.

— ¡ Ah! ya sé quién es. Un pobre muchacho que no

tiene con qué pagar su puesto en la Porte-Saint-Martin, y que viene á pedirme su protección para Juan Robert. Son del mismo país, pero es un muchacho muy tímido, que no se atreve á dejar su tarjeta á su compatriota... de manera...

— De manera que viene á dejároslo á vos, continuó Mr. de Marandé, y por cierto que tiene mucha razón, princesa. ¡ Es un joven muy lindo! ¡ y decís que es pobre!

— Tan pobre como joven.

— ¿ Y qué viene á hacer en París?

— Á buscar fortuna.

— Queréis decir buena fortuna, princesa, puesto que se dirige á vos. ¿ Y sabe alguna cosa además de la ciencia... natural?

— Sabe como todo el mundo, leer y escribir.

— Como todo el mundo, eso es demasiado decir, añadió el banquero que conocía la letra y el estilo de la griseta; ¿ y sabrá por casualidad contar?

— ¡ Ha sido barquero! contestó Canta-Lilas.

— Si realmente ha sido barquero, entonces me encargo de darle yo una barca que dirigir.

— Hacedlo por él, no obstante de no conocerle lo bastante.

— Lo haré por vos, á quien conozco demasiado, contestó galantemente Mr. de Marandé. Podéis dirigirme mañana al ministerio, y si es tan inteligente, como buena figura, yo me encargo de su porvenir. Y á propósito, princesa, hablemos un poco del vuestro para evitar en lo sucesivo el vernos en peligro como acabamos de estarlo. Temo que seáis despreciada con el papel que vais á desempeñar respecto de mi persona, soy un hombre muy ocupado, y los

negocios del Estado, sin hablar de los míos, me absorben tanto, que no me es permitido, como al vulgo, el entretenerme en las bagatelas mundanas. Por otra parte, me veo obligado por una razón de economía política, que sería muy largo el explicaros, á aparentar que tengo una querida. ¿ Me haréis vos el honor de desempeñar este aparente papel ? ¿ entendéis bien cuál es mi idea ?

— Perfectamente, respondió Canta-Lilas.

— Pues bien, querida amiga, sin oposición ninguna accedéis á mi indicación ; pero para que no os olvidéis jamás, he formulado el sentido verdadero de nuestras obligaciones en una especie de tratado que os dejo, con objeto de que meditéis sobre él. Espero que quedaréis satisfecha del precio que pongo á la originalidad de nuestras relaciones, y en tanto permitidme arreglar un poco los bucles de vuestros cabellos que he tenido la desgracia de desatar.

Y Mr. de Marande, sacando de su cartera muchos billetes de á mil francos, los rodeó en forma de papillotes á los rizos de la princesa de Vanves.

Adiós, princesa, dijo después de haberla besado paternalmente en la frente ; voy á enviaros el paisano de Mr. Juan Robert ; estoy seguro que este joven nos hará honor á los dos ; y si su ramaje corresponde á su plumaje, habréis encontrado ciertamente el fénix de que habla Juvenal.

Y Mr. de Marande abandonó el gabinete de la griseta, encantado de haber salido tan bien de su empresa.

## CAPÍTULO XV Y ÚLTIMO.

COLOMBA.

Tres años después del drama que acabamos de referir, y tres días después de la visita de Mr. de Marande á Canta-Lilas, es decir, al terminar el invierno de 1850, el teatro Italiano daba una representación extraordinaria de la ópera italiana *El Otelo*, para que debutase una cantante que hacia dos años se había hecho célebre en Italia, la señora Carmelita, llamada con más expresión por la voz pública *la signora Colomba*.

Todo París distinguido, inteligente y rico, el París artista, en fin, parecía haberse dado cita aquella noche en el teatro Italiano.

Lo que justificaba aquel deseo, aquel entusiasmo anticipado, era, digámoslo de una vez, no solamente el reconocido talento de la cantante, sino su carácter y el interés que inspiraba á todo el que conocía una parte de su historia.

Escritores de todo género, poetas, prosistas, autores dramáticos y periodistas, la habían alabado en todos sentidos.

Juan Robert y Petrus habían contribuido en gran parte al buen éxito de Carmelita.

Sabemos lo digna que era de ello.

Después de un año de prueba, durante el cual había estado luchando entre la vida y la muerte, había consultado á sus tres amigas, Regina, Lidia y Frésolina, sobre el